

La sombra póstuma de los grandes

Vicente Quirarte

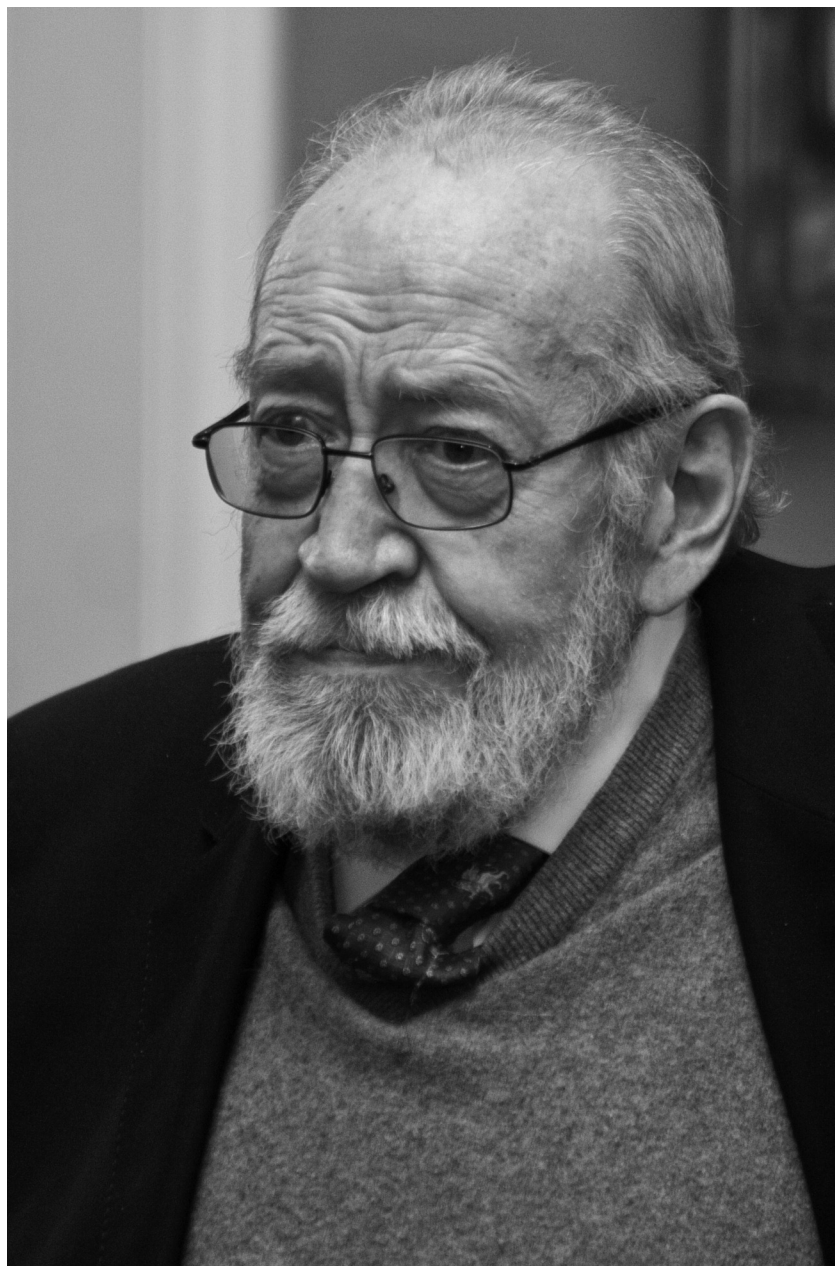
La diversidad de quienes asistieron a despedir a Ernesto de la Peña en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes, y la música, que fue una de sus pasiones en vida y que lo acompañó en su tránsito, son prueba del vacío tangible y colectivo que significa la pérdida de una de las mentes más nobles y poderosas de nuestra ultrajada patria. Presentes se hallaban tanto los seres más próximos a su sangre como sus compañeros de la Academia Mexicana de la Lengua, pero sobre todo acudieron espontáneamente a hacer guardia ante su féretro ésos que sin él acaso saberlo eran sus amigos más hondos, sus escuchas en la radio, iluminados por una cultura aliada al hedonismo, al buen humor, al saber que cultivó como nadie y como nadie entregó a los otros.

La música lo recibió y lo acompañó a lo largo del adiós, sólo interrumpida por quienes hicieron uso de la palabra, esa palabra que él cuidó, preservó y limpió como pocos. En una entrevista hecha por Xavier Quirarte en enero de 2012, en el marco de la entrega de la Medalla Mozart, Ernesto de la Peña declaró: “Hasta los peores criminales, los más abyectos, en algún rincón tienen algo que vibra al unísono con una nota musical”. Por la unanimidad que supo despertar su larga existencia, era como la música; avasallante y conquistador; un mar en sí mismo, fecundo e interminable.

Ernesto de la Peña nació para estudiar. La sabiduría acumulada lo hizo cada día mejor, pues supo conjugar la erudición con la generosidad y el goce de la vida. La Academia Mexicana de la Lengua tiene entre sus integrantes a especialistas que saben manejar diferentes armas y poseen distintas habilidades. En un capítulo de *Moby-Dick*, Herman Melville habla sobre las diversas

categorías de tripulantes del barco ballenero. Resulta posible el ejercicio de aplicar esta categoría a los integrantes de la Academia y establecer las analogías entre el gaviero, el primer oficial, el primer arpón. Ernesto de la Peña evade cualquier clasificación porque dominaba cada una de las habilidades que el lenguaje exige de quienes lo utilizan, lo estudian, lo moldean, lo transforman. Sentirse parte de una corporación donde él estaba era confirmar el carácter extraordinario de la palabra, pues, como él escribió y demostró: “La lengua y el habla, pese a la distancia y sus exigencias específicas, se dan la mano en ciertos momentos imprevisibles y crean una realidad diferente, inaccesible para la mayoría, difícil para los entendidos e irrepetible por definición”.

Difícil definir con una sola palabra a Ernesto de la Peña. Erudito y humanista fueron palabras a las cuales de inmediato acudieron los medios. Sin embargo, resultaba irónico y hasta ofensivo que una cantidad considerable de periodistas se preguntaran por las obras y los títulos de un escritor que supo ser fiel a sus principios y no a los que impone el mercado que hace de la escritura una mercancía. El otorgamiento del Premio Nacional de Literatura hizo justicia al hombre de letras y al lingüista. El Premio Xavier Villaurrutia, de escritores para escritores, que mereció su libro *Las estrategias de Dios*, fue una confirmación —si tal hiciera falta— de sus aportaciones como creador. Sin embargo, el primer enemigo del escritor Ernesto de la Peña se llamaba Ernesto de la Peña. Su presencia pública en la radio, admirada tanto por melómanos cuanto por quienes gracias a él se convertían en iniciados; su profundo conocimiento de los mitos; su poderoso arsenal lexicográfico que le



Ernesto de la Peña

permitía descifrar el nombre de Dios en más de treinta lenguas; sus traducciones de textos doblemente complejos en apariencia opacan el fulgor de sus libros. Aparentemente porque detrás de cada uno se nota la cartografía espiritual que obliga a una nueva lectura en cada enfrentamiento con sus páginas. Su octogésimo aniversario en 2007 fue motivo para saldar las deudas que el país y sus potenciales lectores tenían con él, cuando el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes dio a la luz los tres volúmenes de su *Obra reunida*. A través de sus numerosas y esenciales páginas, el lector puede navegar en un océano donde el lenguaje fluye con pasión domada, nunca disminuida, gracias a la precisión de los conceptos y a la exigencia con la que cada palabra es obligada a dar todo de sí. Políglota, era igualmente polígrafo, aunque la diversidad de sus formas tiene como eje común el desciframiento de la criatura humana al enfrentarse a la luz del conocimiento. Los dramas mayores de sus personajes en *Las maquinarias espirituales* o

en *Las estratagemas de Dios* tienen lugar cuando deciden o no tienen más remedio que emular al Creador a través de la concepción de mundos alternos y por lo tanto monstruosos. *Mineralogía para intrusos* es un libro ejemplar en nuestra literatura. Con imaginación aliada a la exactitud —difícil alianza—, con visión de poeta y balanza de alquimista, hace la disección de seres y elementos del mundo mineral. Como escribió su gran amiga Margarita Michelena, el libro es “una serie de huraños poemas en prosa, articulados entre sí por las más delicadas bisagras y que en su conjunto relatan una historia al mismo tiempo universal y secreta”.

El volumen I de la *Obra reunida* está dedicada a los *Ensayos*, territorio donde Ernesto de la Peña acudía integralmente a su conocimiento y devoción por la lengua. Afanado en dar a luz exclusivamente libros esenciales, *La rosa transfigurada* es uno de los momentos más altos y deslumbrantes de nuestra prosa. Sólo alguien con un conocimiento tan hondo de las lenguas y las culturas universales; sólo alguien dotado de una sensibilidad tan afinada como la suya era capaz de describir la odisea de la rosa, esa criatura cantada por una legión de autores, ese símbolo de la belleza de nuestra permanencia en la tierra así como de nuestra fugacidad. Ante la convicción de ya no ver ni escuchar a Ernesto de la Peña, sus palabras llegan como consuelo y recordatorio en uno de los múltiples y sabios aforismos que pueden ser extraídos de sus ensayos: “en su brevísima cápsula de belleza se encierra una permanencia hecha de una sola certidumbre indestructible: la de haber vivido”.

En 1997 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua con un discurso cuyo título fue “La oscuridad lírica”. En esta nueva y necesaria defensa de la poesía —todo ha sido dicho pero como nadie escucha hay que decirlo nuevamente—, De la Peña da una cátedra de las sutiles mas poderosas formas en que el lenguaje es articulado por artífices que lo trastocan y por formas estructuralmente identificables pero al mismo tiempo inexplicables que logran “un misterio verbal irrepetible” y de tal modo nos ayudan a transitar por esa “zona de alta tensión espiritual”.

La altura de la prosa de un escritor como Ernesto de la Peña no se explica si no tuviera alma de poeta. De ahí que sorprendiera doblemente a sus lectores con la publicación de su primer libro de poemas en 2005 bajo el título *Palabras para el desencuentro*, en la colección Práctica Mortal, orientada a editar particularmente libros de jóvenes con una obra sólida. Todo poema, sobre todo si es de amor, se articula para salvarnos del naufragio, más bien, para dar testimonio del naufragio. Nombrar la desesperación es trascenderla. Paradójicamente, los mejores poemas de amor, los que mejor recordamos, son aquellos que exaltan el desencuentro. Hay poetas que fechan sus poemas y ésta es una labor que sirve tan-

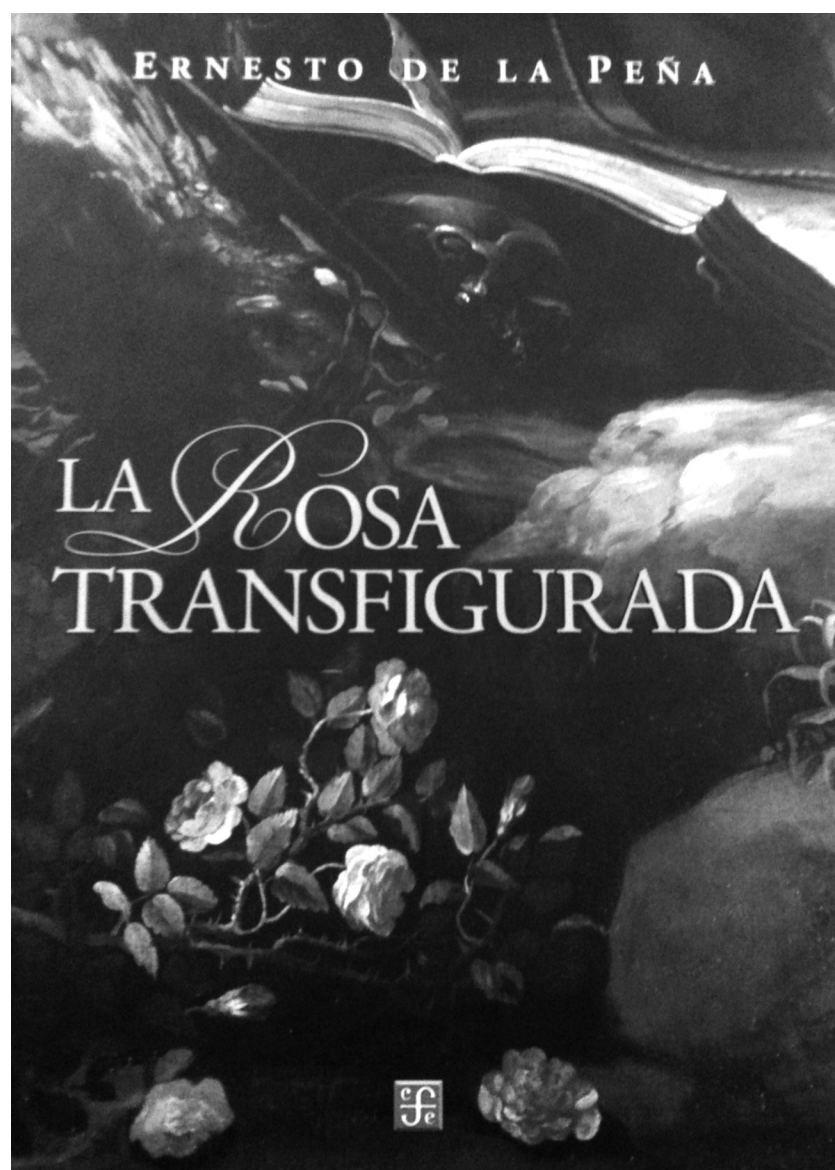
to al autor para fijar su bitácora espiritual, como para sus estudiosos. Hay un tercer motivo, y es el de Ernesto de la Peña: al fechar sus poemas, muchos de ellos de hace más de medio siglo, y otros que apenas el año pasado no existían, sorprende la unidad de tono, el viento negro que sopla a lo largo de todo el libro, la luz que en medio del desastre se construye.

Hay hondura, hay reflexión, hay sabiduría conceptual. Pero sobre todo hay desgarramiento, hay pasión, hay entraña. El yo desaparece porque su autor no quiere lamentarse en primera persona sino crear ese yo impersonal y poderoso que da testimonio del más cotidiano y terrible de los combates. “El amor que fue mío y no es de nadie”, concluye el poeta, erguido en medio del naufragio. Debido a este claro sentido de composición, *Palabras para el desencuentro* se ciñe a la exigencia de José Gorostiza, quien pensaba en el poema simbólico, íntegro, que diera cuenta cabal de una idea del mundo: un tema y sus variaciones. El de este libro es el desasosiego ante la certeza de que nada dura, y que el tiempo cobra con saña pero también con galanura, el atrevimiento del artista y del libertino, esos transgresores que comienzan por experimentar con su propio cuerpo y apuestan, al mismo tiempo, el alma. Lo inmediatamente perceptible, desde los primeros versos, es el viril enfrentamiento con los desafíos que la existencia opone a quien se atreve a enfrentarla con lealtad y pasión. El poeta habla con un semejante que es también su hipócrita lector. Al mismo tiempo, quien habla es el amor que increpa al amante y a lo amado. Esta brutal confrontación de energías, donde la sensualidad y el espíritu se enfrentan, evita la confesión personal y logra que la vivencia del yo se transforme en la oración del amante. Lo circunstancial aparece disfrazado gracias a que el autor se vale del simultaneísmo y la transposición de imágenes —aquí Mallarmé; de los poemas en secuencia que examinan un tema desde distintos ángulos —aquí Rilke; del desolado y tierno y furioso amor que no se sacia —aquí Neruda.

Establecer la filiación de *Palabras para el desencuentro* en la historia de la poesía mexicana no es tarea fácil. Como Gorostiza y otros de los Contemporáneos, nuestro autor logra una envidiable uniformidad de estilo y trasciende la vivencia inmediata. Sin embargo, otro de sus méritos consiste en la habilidad para escapar del verso que halla en la retórica consuelo a sus carencias. Cada una de sus líneas es castigada, recortada cuando está a punto de desbordarse. “Es el dolor que aúlla como un loco en el bosque”, escribe Neruda. En la poesía de Ernesto, es el dolor que aúlla con valor, inteligencia y lealtad a las sensaciones que, al atravesar el alma, provocan la aparición de la poesía, la verdadera, única y auténtica poesía, ésa que es siempre inconforme, siempre joven, siempre doliente y siempre hambrienta. La im-

portancia de llamarse Ernesto. *The Importance of Being Earnest*. El poeta es un fingidor, dijo Pessoa. Ernesto de la Peña demuestra que el poeta es un mentiroso que dice la verdad, artífice que hace de sus pasiones un edificio verbal a prueba de los embates del tiempo que a todos habrá de derrotar. Pero ya, nunca, a sus *Palabras para el desencuentro*.

Una de las facetas menos divulgadas de Ernesto de la Peña fue su amor por la bibliofilia y los libros como objetos de belleza. Un día que lo visité en su oficina de Chimalistac, rodeado de libros que asimilaba con esa memoria que no era de este mundo, descubrí en su librero unas encuadernaciones destacables por sus hierros muy bien aplicados en impecables tejuelos, sobre una piel roja igualmente irreprochable. Cuando alabé la encuadernación me dijo que era obra de Mateo González, quien ya para entonces se encargaba también de *desfacer entuertos* de mis libros. Tanto admiraba Ernesto la persona y el trabajo del encuadernador que lo bautizó como san Mateo. A él correspondió hacer la encuadernación artesanal de los quinientos ejemplares de *Don Quijote*, *La sinrazón sospechosa*, cuya edición fue posi-



ble gracias al mecenazgo del galante Javier Quijano Baz, quien decidió hacer al autor ese regalo en homenaje a su octogésimo aniversario. Y si los primeros libros de Ernesto no tuvieron la fortuna de tener una vestidura equivalente a la calidad de su contenido, Jaime Labastida se encargó de hacer una edición con portada serigráfica y dibujos de Felipe de La Torre de *El indeleble caso Borelli*, un libro extraño en la bibliografía mexicana y que despierta el entusiasmo de quienes amamos la luz de la oscuridad gótica. Única novela publicada por De la Peña, está situada en París, en una época no determinada del siglo xx. La densidad de su prosa, el drama interlineado y el sutil y sugerido vampirismo despertado por el protagonista la convierten en una obra perturbadora y provocativa.

Como dijo Jaime Labastida en su alocución de Bellas Artes, Ernesto de la Peña fue un autor tardío. Tal vez por eso escribía con la pasión de un joven, pero un joven al cual complementaban el hombre maduro y sabio. Uno de los últimos trabajos que leyó en la Acade-

mia fue un adelanto de su trabajo sobre Rabelais, un autor tan próximo en él en su espíritu humanista y en su goce por la vida.

A De la Peña no le interesaba quedar bien con nadie sino con el conocimiento que nutre, mejora y saca lo mejor de nuestra especie. De ahí la precisión del juicio de Xavier Quirarte en la introducción a la entrevista antes mencionada: “Ernesto de la Peña es, ante todo, un espíritu generoso y avasallador, como su conocimiento, y dado a la claridad. Escucharlo es atender a un curso intensivo de sensibilidad, tanto, que uno quisiera que hablara hasta el infinito”. Efectivamente, era dado a la claridad en su doble sentido, y por eso nunca dejó de ser el miembro más joven y rebelde de la Academia de la Lengua. Inicialmente formó parte de la Comisión de Lexicografía, que cada quince días se reúne, antes de la sesión plenaria, para examinar los múltiples caminos por los que transita el lenguaje, ese océano, como lo llamó el poeta Fayad Jamis, totalmente creado por el hombre. En esa y en otras sesiones, resultaba un privilegio escuchar el gozo y la erudición que Ernesto sabía unir y comunicar. Cada participación suya en la Comisión de Consultas, a la que se integró en fecha reciente, era una conferencia magistral de filología, tanto cuando rastreaba el origen de una palabra en las numerosas lenguas que manejaba como cuando compartía el gozo que le daba descubrir el doble sentido de las palabras en la institución mexicana del albur.

“Todavía escucho su voz”, dijo Margit Frenk en la primera de las sesiones de la comisión donde ya no contamos con la presencia física de Ernesto de la Peña ni con su invencible sabiduría. Nos era inconcebible, como resultaba para todo México que se estremeció con su muerte, que unos cuantos días antes hubiera recibido el Premio Menéndez Pelayo y hubiera dictado la conferencia magistral “Las realidades del Quijote”. Cada una de sus palabras contenidas en ella es un testamento y una fe de vida. Con ellas terminan las presentes y comienza otra forma de diálogo, otra forma de escucha quien supo que “la inmortalidad artística es la sombra póstuma de los grandes”:

Por paradójico que pueda sonar, la realidad ficcional tiene una vida más duradera que la de los hombres. El Caballero de la Triste Figura y su escudero siguen creando una España más cabal y convincente, de mayor perennidad y vuelo, que la España real. A nosotros, los hombres, bien lo dijo Catulo:

*cum semel occidit brevis lux,
nox est perpetua una dormienda.*

(... Y nosotros, una vez que se extinga una breve luz, tenemos que dormir una noche eterna). **U**

© Javier Naváez



Ernesto de la Peña en el restaurante San Ángel Inn, 2011